

que hacer para evitar que persista usted en un insulto tan grave y tan ofensivo para un hombre, para la Iglesia y para el rey mi señor.

Sin responderle al procesado, el juez dijo que si había llevado la marca que se le ponía entonces á los condenados á trabajos forzados, las letras no tardarían en ser vistas.

—¡Ah! señor—dijo Jacobo Collín,—grande sería mi desgracia si ahora hubiese de serme funesta mi adhesión á la causa real.

—Explíquese claramente—dijo el juez;—para esto está usted aquí.

—Señor, yo tengo unas cicatrices en la espalda, porque fui fusilado por detrás, como traidor á mi país, cuando era fiel á mi rey, por los constitucionales que me dejaron por muerto.

—¡Ha sido usted fusilado y vive!—dijo Camusot.

—Estaba en inteligencia con algunos soldados que habían recibido dinero de personas piadosas, y me colocaron tan lejos, que sólo me alcanzaron balas casi muertas en la espalda. Es este un hecho que puede ser confirmado por el señor embajador.

—Este demonio de hombre tiene respuestas para todo. Mejor que mejor—pensaba Camusot, que sólo simulaba severidad para cubrir las apariencias ante la justicia y la policía.—¿Cómo ha sido que un hombre de su carácter se hallaba en casa de la querida del barón de Nucingen? ¡y qué querida! ¡una prostituta!

—He aquí por qué me hallaron en la casa de esa libertina, señor—respondió Jacobo Collín.—Pero antes de decirle la razón que me llevaba allí, he de advertirle que en el momento en que franqueaba el primer peldaño de la escalera, me sentí enfermo de repente y no pude hablar con aquella muchacha. Yo había tenido conocimiento de los propósitos que tenía Ester de suicidarse, y como se trataba de los intereses de Luciano de Rubempré, á quien profeso un afecto particular por motivos que son sagrados, acudía á apartar á aquella criatura de la senda adonde la conducía la desesperación: quería decirle que Luciano no lograría sus deseos de casarse con Clotilde de Grandlieu, y esto, unido á la noticia de que había heredado siete millones, me hacían confiar en que asistiría de su afán de morir. Señor juez, tengo la certidumbre de haber sido víctima de los secretos que me fueron

confiados. Por el modo cómo me sentí enfermo, pienso que me dieron algún veneno aquella mañana y que sólo estoy vivo gracias á mi temperamento. Hace tiempo que me persigue un agente de policía y que trata de envolverme en algún negocio sucio. Si al ser yo detenido hubiesen atendido mi súplica y se hubiese llamado á un médico, ahora tendría usted la prueba de lo que le digo acerca de mi salud. Señor, no dude que hay personajes que tienen interés en confundirme con algún bandido para deshacerse de mí. El servir á los reyes no es todo rosas, que también ellos tienen sus bazas. Sólo la Iglesia es perfecta.

Es imposible describir los movimientos fisonómicos de Jacobo Collín, el cual empleó diez minutos en decir lo que dejamos expuesto, pronunciando frase á frase su discurso. Era todo tan verosímil, y más que nada la alusión á Coartín, que el juez empezó á dudar.

—¿Puede usted decirme la causa de su cariño á Luciano de Rubempré?

—¿No lo adivina usted? señor, tengo sesenta años... pero, se lo suplico, no escriba eso... es... ¿No hay más remedio?

—Es necesario, no sólo por usted sino por interés de Luciano, que lo diga todo—respondió el juez.

—¡Pues bien! ¡oh! ¡Dios mío! ¡es mi hijo!—añadió el sacerdote.

Y se desmayó.

—No escriba esto, Coartín—dijo Camusot en voz baja.

Coartín se levantó para ir á buscar una botella de vinagre.

—Si fuese Jacobo Collín, habría que confesar que es un gran farsante—pensaba Camusot.

Coartín le hacía respirar el vinagre al forzado, que era examinado por el juez con una perspicacia de lince y de magistrado.

—Es preciso quitarle la peluca—dijo Camusot mientras que Jacobo Collín volvía en sí.

El forzado oyó esta frase y se estremeció, pues no ignoraba la innoble expresión que adquiriría su cara de aquel modo.

—Si no tiene usted fuerza para quitarse la peluca... Coartín, quítesela usted—le dijo el juez á su escribano.

Jacobo Collín presentó la cabeza al escribano con una resignación admirable, pero entonces ofreció un espectáculo horrible y presentó su carácter real. La vista de aquella ca-

beza calva volvió á sumir á Camusot en la duda. Mientras llegaban el médico y el practicante, el juez empezó á clasificar y á examinar todos los papeles y objetos hallados en el domicilio de Luciano. Después de haber estado en la calle Saint Georges, en casa de la señorita Ester, el juzgado se había trasladado al muelle Malaquais para seguir haciendo pesquisas.

—Veo que ha cogido usted las cartas de la señora condesa de Serizy—dijo Carlos Herrera,—y no comprendo por qué se han apoderado ustedes de los papeles de Luciano.

—Luciano de Rubempré, como cómplice suyo, ha sido detenido—respondió el juez para ver el efecto que le causaría esta noticia al procesado.

—Lo cual es una desgracia más, porque es tan inocente como yo—respondió el falso español sin dar muestras de la menor emoción.

—Veremos; ahora estamos con su identificación—contestó Camusot sorprendido de la tranquilidad del procesado.—Si es usted en realidad don Carlos Herrera, la situación de Luciano Chardón cambiaría por completo.

—¡Sí, su madre era la señora de Chardón y se apellidaba Rubempré!—murmuró Carlos.—¡Ah! ¡fué una de las faltas más graves de mi vida!

Y levantó los ojos al cielo y movió al mismo tiempo los labios cual si pronunciase una plegaria ferviente.

—Pero si fuese usted Jacobo Collín, si ha sido en realidad compañero de un forzado evadido, de un sacrilego, todos los crímenes que la justicia sospecha serían más que probables.

Carlos Herrera permaneció imperturbable al oír esta frase dicha con habilidad por el juez, y como única respuesta á las palabras *si ha sido en realidad y forzado evadido*, levantaba las manos al cielo y hacía un gesto de dolor.

—Señor cura—dijo el juez con excesiva cortesía,—si es usted don Carlos Herrera, espero que me perdonará todo lo que me veo obligado á hacer en interés de la justicia y de la verdad.

Jacobo Collín vió que Camusot le tendía un lazo, y no varió de actitud. El juez esperaba ver en él un movimiento de alegría que hubiese sido el primer indicio de la calidad de forzado; pero vió al héroe del presidio armado del disimulo maquiavélico.

—Soy diplomático y pertenezco á una orden para cuyo ingreso se hacen austeros votos—respondió Jacobo Collín con dulzura apostólica;—lo comprendo todo y estoy acostumbrado á sufrir. Yo estaría ya libre si hubiese usted descubierto el escondite de mis papeles, pues veo que sólo ha recogido usted documentos insignificantes.

Este fué el golpe de gracia para Camusot. Jacobo Collín, con su aplomo y su sencillez, había desvanecido todas las sospechas que habían nacido á la vista de su cabeza calva.

—¿Dónde están sus papeles?

—Yo se lo indicaré á usted si consiente en que su delegado vaya acompañado por un secretario de la legación de la embajada de España, el cual los recibirá y se los entregará á usted previo recibo, pues se trata de mi estado, de documentos diplomáticos y de secretos que comprometen al difunto rey Luis XVIII. ¡Ah! señor, sería preferible... pero en fin, usted es magistrado, y el embajador cuyo auxilio solicito sabrá apreciar mi conducta.

En este momento entraron el médico y el practicante, después de haber sido anunciados por el alguacil.

—Buenos días, señor—le dijo Camusot al médico;—le he llamado para que certifique el estado en que se halla el procesado. Dice que fué envenenado anteayer. Vea si hay peligro en desnudarlo y si se podrá proceder al examen de las señales.

El médico tomó el pulso á Jacobo Collín, le mandó sacar la lengua y lo miró atentamente. Aquella inspección duró unos diez minutos.

—El procesado ha sufrido mucho; pero goza actualmente de una gran fuerza—respondió el médico.

—Señor, esa fuerza aparente es debida á la excitación nerviosa que me produce mi extraña situación—respondió Jacobo Collín con la dignidad de un obispo.

—Puede ser—dijo el médico.

A una señal del juez, el procesado fué desnudado. Le soltaron el pantalón y le despojaron de toda la ropa del cuerpo, hasta de la camisa, dejando ver así un busto velludo dotado de un poder ciclópeo. Aquel cuerpo, salvo el tamaño, era como el del hércules Farnesio de Nápoles.

—¡Cómo dota la naturaleza á ciertos seres de destino lamentable!—le dijo el médico á Camusot.

El alguacil se presentó con aquella especie de pala que es

la insignia de sus funciones, y dió unos cuantos golpes en el lugar en que el verdugo había grabado las fatales letras. Entonces reaparecieron diez y siete agujeros, caprichosamente distribuidos; pero, á pesar del cuidado con que le miró la espalda, no vió forma ninguna de letras. El alguacil advirtió, sin embargo, que la barra de la T estaba indicada por dos agujeros cuyo intervalo tenía la longitud de aquella barra entre las dos comas que la rematan por ambos lados, y que otro agujero marcaba el punto final del cuerpo de la letra.

—Sin embargo, eso es muy vago—dijo Camusot al ver la duda pintada en el rostro del médico.

Carlos pidió que hiciesen la misma operación en el otro hombro y en medio de la espalda. Quince cicatrices más que observó el médico á instancia del español, reaparecieron, y entonces aquél declaró que estaba la espalda tan plagada de llagas que no era posible apreciar las marcas, aunque el ejecutor las hubiese impreso.

En aquel momento entró su escribiente y le entregó al señor Camusot una carta que esperaba respuesta. Después de haberla leído, el magistrado le fué á hablar á Coquart, pero en voz tan baja que nadie pudo oírle. Jacobo Collín fue el único que adivinó que Camusot acababa de recibir algún nuevo informe de la policía acerca de él.

—Siempre tengo detrás al amigo de Peyrade—pensó Jacobo Collín;—si lo conociese me desembarazaría de él, como de Contensón. ¿Podré ver otra vez á Asia?

Después de haber firmado el papel que había escrito Coquart, el juez lo metió en un sobre y se lo dió al escribiente de las Delegaciones.

La oficina de las Delegaciones es un auxiliar indispensable para la justicia. Esa oficina, presidida por un comisario de policía *ad hoc*, se compone de oficiales de paz que llevan á cabo la detención de las personas sospechosas de complicidad en los crímenes ó en los delitos. Esos delegados de la autoridad judicial les ahorran mucha pérdida de tiempo á los magistrados encargados de una instrucción.

A una señal del juez, el procesado fué vestido por el médico y el practicante, los cuales se retiraron en unión del alguacil. Camusot se sentó en su sillón y se puso á jugar con la pluma.

—¿Tiene usted alguna tía?—le preguntó bruscamente Camusot á Jacobo Collín.

—¿Alguna tía?—respondió con asombro don Carlos Herrera—señor, no tengo ningún pariente, soy hijo natural del difunto duque de Osuna.

Y al propio tiempo se decía para sus adentros: ¡Caliente! aludiendo al juego de esconder una prenda, que es una imagen de la lucha terrible que se entabla entre el criminal y la justicia.

—¡Bah!—dijo Camusot.—Vamos, usted tiene aún una tía, la señorita Jacobita Collín, que fue colocada por usted en casa de Ester con el nombre de Asia.

Jacobo Collín hizo un movimiento de hombros que estaba en perfecta armonía con el aire de curiosidad con que escuchaba las palabras del juez, que le examinaba con viva atención.

—Cuidado—dijo Camusot.—Escúcheme bien.

—Le escucho, señor.

—Su tía es tendera en el Temple, y su tienda es administrada por una tal señorita Paccard, hermana de un condenado, muchacha honrada que se llama Rónima. La justicia le sigue los pasos á su tía, y dentro de unas horas tendremos pruebas decisivas. Esa mujer le es muy adicta...

—Siga, señor juez—dijo tranquilamente Jacobo Collín respondiendo á una pausa de Camusot,—le escucho.

—Su tía, que cuenta unos cinco años más que usted, ha sido la amante de un tal Marat de odiosa memoria. De esta unión vergonzosa es de donde proviene su fortuna. Según los informes que acabo de recibir, es una encubridora muy hábil, tanto que aun no se ha podido tener pruebas contra ella. Según los informes que tengo en mi poder, después de la muerte de Marat se lió con un químico condenado á muerte el año VIII por el delito de falsificación de moneda, siendo, al parecer, con el trato de aquel hombre con lo que adquirió conocimientos de toxicología. Del año IX á 1806 fue tendera de ropa vieja, y desde 1807 á 1809 estuvo en la cárcel cumpliendo una condena por corrupción de menores. Entonces usted se veía perseguido por falsificación y dejaba la casa de banca en que su tía lo había colocado de dependiente, gracias á la educación que había recibido y á la protección de que gozaba su tía por parte de ciertos personajes á quienes procuraba víctimas que depravar... Todo esto se parece muy poco á la grandeza de los duques de Osuna. ¿Persiste usted en sus negativas?

Jacobo Collín escuchaba al señor Camusot pensando en su infancia feliz, en el colegio de los Oratorianos en que había sido educado, y sus meditaciones le daban un aire verdaderamente asombrado. No obstante la habilidad de su dicción interrogativa, Camusot no pudo arrancarle ni el menor movimiento á aquella fisonomía plácida.

—Si ha escrito usted fielmente mi primera declaración, puede leérmela, porque yo no puedo variarla—respondió Jacobo Collín. —Si no he ido nunca á casa de Ester, ¿cómo he de conocer á su cocinera? Yo soy completamente ajeno á las personas de quien me habla.

—A pesar de sus negativas, vamos á proceder á confrontaciones que tal vez destruyan ese su aplomo.

—Un hombre que ha sido ya fusilado está acostumbrado á todo—respondió Jacobo Collín con dulzura.

Camusot volvió á examinar los papeles mientras llegaba el jefe de seguridad, cuya diligencia fué extrema, pues eran las once y media, el interrogatorio había empezado á las diez y el alguacil se presentó á anunciarle al juez en voz baja la llegada de Bibi-Lupín.

—¿Que entre!—respondió el señor Camusot.

Al entrar Bibi-Lupín, todo el mundo esperaba un: «¡Es éll!» pero no ocurrió así, sino que se quedó sorprendido y no pudo reconocer el rostro del forzado en aquella faz acibillada de picaduras de viruela. Su vacilación sorprendió mucho al juez.

—Es su misma estatura, su corpulencia—dijo el agente.—¡Ah! sí, eres tú, Jacobo Collín—exclamó al fijarse en los ojos, en el corte de la frente y en las orejas.—Hay cosas que no pueden ser desfiguradas. Señor Camusot, es él indudablemente; Jacobo tiene la cicatriz de una cuchillada en el brazo izquierdo; que se quite la ropa y la verá usted.

Jacobo Collín se vió obligado á quitarse de nuevo la sotana, y entonces Bibi-Lupín le levantó la manga de la camisa y enseñó la cicatriz indicada.

—Es de una bala—respondió Carlos Herrera;—también tengo ahí mismo otras.

—¡Ah! ¡es su misma voz!—exclamó Bibi-Lupín.

—Su certidumbre es un indicio, pero no una prueba—dijo el juez.

—Lo sé—respondió humildemente Bibi-Lupín;—pero

yo le buscaré más testigos. Uno de los huéspedes de la casa Vauquer está aquí ya—dijo mirando á Collín.

La cara plácida de Collín no se inmutó en lo más mínimo.

—Que entre esa persona—dijo perentoriamente Camusot, cuyo descontento se traslució no obstante su indiferencia aparente.

El tono del juez fué notado por Jacobo Collín, que no contaba con la simpatía del señor Camusot, y que cayó en una apatía originada por la violenta meditación á que se entregó para buscar la causa de la actitud de su juez. El alguacil introdujo á la señora Poiret, cuya presencia inopinada ocasionó al forzado un ligero temblor; pero el juez no lo observó siquiera, pues tenía ya tomada su decisión.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el juez procediendo á llenar las formalidades con que comienzan todas las declaraciones.

La señora Poiret, viejecita blanca y arrugada, iba vestida con una bata de seda azul, y declaró llamarse Cristina Miguéla Michonneau, estar casada con el señor Poiret, tener cincuenta y un años de edad, haber nacido en París, vivir en la calle de las Poules, esquina á la de los Postes y dedicarse á alquilar cuartos amueblados.

—Señora—le dijo el juez, —¿vivió usted, de 1818 á 1819, en una casa de huéspedes que tenía la señora Vauquer?

—Sí, señor, y allí fué donde conocí al señor Poiret, empleado retirado que se casó conmigo y que guarda cama desde hace un año... ¡el pobre está muy enfermo! por lo cual no podré estar mucho tiempo fuera de casa.

—¿Había entonces en aquella casa de huéspedes un tal Vautrín?—preguntó el juez.

—¡Oh! ¡señor! eso es toda una historia; era un horrible presidiario.

—Usted cooperó á su detención.

—Falso, señor.

—¡Cuidado! ¡está usted ante la justicia!—dijo severamente el señor Camusot.

La señora Poiret guardó silencio.

—Procure reparar sus recuerdos—repuso Camusot.—¿Se acuerda usted bien de aquel hombre? ¿lo conocería usted?

—Ya lo creo.

—¿Es este que está aquí?

La señora Poiret se puso las antiparras y miró á Carlos Herrera.

—Es su mismo cuerpo, su estatura, pero... no... sí... Señor juez, si pudiese verle desnudo el pecho lo reconocería al instante.

El juez y el escribano no pudieron menos de reirse, á pesar de la gravedad de sus funciones, y Jacobo Collín participó de su hilaridad, aunque con mesura. El procesado no se había puesto aún la sotana que Bibi-Lupín le había hecho quitarse, y, á una señal del juez, se descubrió complacientemente el pecho.

—Esa es su misma pelambrea; pero ha encanecido algo, señor Vautrin—exclamó la señora Poiret.

—¿Qué responde usted á esto?—preguntó el juez.

—¡Que es una loca!—respondió Jacobo Collín.

—¡Ah! ¡Dios mío! si tuviese alguna duda, esa voz bastaría para desvanecerla. No tiene ya la misma cara; pero esa voz fué la que me amenazó... ¡Ah! ¡es su misma mirada!

—El agente de policía y esa mujer no han podido ponerse de acuerdo para decir lo mismo—dijo el juez dirigiéndose á Jacobo Collín, —porque no se habían visto; ¿cómo explica usted eso?

—La justicia ha cometido errores mucho mayores que los que producirán el testimonio de una mujer que reconoce á un hombre por el pelo del pecho y las sospechas de un agente de policía—respondió Jacobo Collín.—Hay en mí semejanzas de voz, de mirada y de estatura con un gran criminal; pero eso es muy vago. Respecto á la reminiscencia que prueba las relaciones vergonzosas habidas entre la señora y mi parecido... ustedes mismos se rieron. Señor, mirando por la verdad que soy el primero en desear que luzca, ¿quiere usted preguntar á esta señora... Foi...

—Poiret...

—Poiret (dispéñeme, soy español)... si recuerda las personas que habitaban en esa casa de huéspedes?

—No hay inconveniente—exclamó Camusot, haciendo un movimiento de cabeza favorable á Jacobo Collín; tan sorprendido quedó de la aparente buena fe con que ofrecía los medios de obtener un resultado satisfactorio.—Procure recordar á los huéspedes que había en la casa cuando la detención de Jacobo Collín.

—Había el señor de Rastiñac, el doctor Bianchón, el padre Goriot... la señorita Taillefer...

—Bien—dijo el juez, que no había cesado de observar á Jacobo Collín, cuya cara permaneció impassible,—ese padre Goriot...

—Murió—dijo la señora Poiret.

—Señor—dijo Jacobo Collín,—yo he hallado varias veces en casa de Luciano á un tal Rastiñac, que está liado, al parecer, con la señora de Nucingen, y si se refiere á él esta señora, he de advertir que nunca me tomó por el presidario á quien ustedes se refieren.

—El señor de Rastiñac y el doctor Bianchón ocupan tal posición social, que si su testimonio le fuese favorable, bastaría para que yo pusiese á usted en libertad—dijo el juez.—Coquart, prepare usted las citaciones.

En pocos minutos quedaron terminadas las formalidades de la declaración de la señora Poiret, Coquart se la leyó y le mandó firmar; pero el procesado se negó á poner su firma, fundándose en que desconocía las formas establecidas por la ley francesa.

—Basta ya por hoy—dijo Camusot.—Debe usted de tener ya gana de tomar alimento, y voy á dar orden de que le lleven al calabozo.

—¡Ay de mí sufro demasiado para comer—dijo Jacobo.

Camusot quería hacer coincidir el momento de la vuelta de Collín con la hora del paseo de los acusados por el patio; pero antes deseaba tener respuesta del director de la cárcel respecto á lo que le había preguntado por la mañana, y llamó para enviar al alguacil. Este se presentó y le dijo que la portera de la casa del muelle Malaquais tenía que entregarle una pieza importante relativa al señor Luciano de Rubempré. Este incidente le pareció al juez tan grave, que le hizo olvidar su propósito anterior.

—¡Que entre!

—Señor, perdone—dijo la portera saludando al juez y al abate Carlos.—Mi marido y yo estábamos tan trastornados con la visita de la justicia, las dos veces que vino, que nos olvidamos en la cómoda una carta dirigida á don Luciano, por la cual hemos pagado cincuenta céntimos, á pesar de que es de París, porque es muy pesada. ¿Quiere usted reintegrarme el porte? ¡Dios sabe cuándo volveremos á ver á nuestros inquilinos!

—Esta carta ¿se la entregó á ustedes el cartero?— preguntó Camusot después de examinar atentamente el sobre.

—Sí, señor.

—Coquart, levante usted acta de esta declaración. Vamos, buena mujer, diga su nombre y demás circunstancias.

Camusot pidió á la portera que prestase juramento, y luego redactó el preámbulo de la declaración.

Mientras que se llenaban estas formalidades, examinaba el sello del correo, que llevaba la fecha y la hora de recogida y de distribución, y según estos datos, aquella carta, que había sido llevada á casa de Luciano al día siguiente de la muerte de Ester, había sido escrita y echada al buzón el día mismo de la catástrofe.

Ahora se podrá juzgar el asombro que sentiría el señor Camusot al leer la siguiente carta, escrita y firmada por aquella á quien creía víctima del crimen:

ESTER Á LUCIANO

«Luciano mío: no me queda ni una hora de vida. A las once
»habré muerto, y habré muerto sin ningún dolor. He pagado cincuenta mil francos por una grosella negra que encerraba un veneno que mata con la rapidez del rayo. De modo, querido mío, que podrás decir: «Mi Ester no ha sufrido...» No; sólo habré sufrido mientras te escribo estas líneas.

«Ese monstruo que me compró tan cara, Nucingen, al saber que el día que yo me considerase suya sería la víspera de mi muerte, acaba de marcharse borracho completamente. Por primera y por última vez de mi vida, he podido comparar mi antiguo oficio de prostituta con la vida del amor, y superponer la ternura que se pierde en el infinito al horror del deber que quisiera anonadarse hasta el punto de no dejar lugar al beso. Era preciso este mal trago para hallar luego adorable la muerte... Me he dado un baño y habría querido poder llamar al confesor del convento en que recibí el bautismo, para confesarme y lavar-me el alma. Pero no, basta ya de prostitución, porque esto sería profanar un sacramento, y yo me siento bañada en las aguas de un sincero arrepentimiento. Dios hará de mí lo que quiera.

»Dejemos todos estos lloriqueos. Yo quisiera ser para ti

»tu Ester hasta el último momento y no aburrirte con mi muerte, con el porvenir y con Dios, que no sería bueno si me atormentase en la otra vida después de haberme hecho sufrir tantos dolores en esta.

»Tengo delante de mí tu retrato hecho por la señora de Mirbel. Esta hoja de marfil me consolaba de tu ausencia, y aun la miro con embriaguez al comunicarte mis últimos pensamientos y al darte cuenta de los últimos latidos del corazón. Te incluiré en esta carta el retrato, pues no quiero que lo vaya á coger alguien para venderlo. La sola idea de pensar que lo que ha constituido mi alegría pueda llegar á estar en una vitrina confundido entre damas y oficiales del imperio, me hace daño. Hermoso mío, este retrato bórralo, no se lo des á nadie... á no ser que pueda servirte para conquistar el corazón de ese sable con faldas, de esa Clotilde de Grandlieu, cuyos huesos son tan puntiagudos que te harán cardenales cuando duermas con ella... Si, me avengo á esto, y así podré servirte de algo después de muerta como te serví en vida. ¡Ah! ¡por darte gusto ó por verte sonreír, me habría dejado quemar viva! Mi muerte te será, pues, útil todavía... Yo habría turbado el reposo de tu hogar conyugal... ¡Oh! ¡esa Clotilde no la comprendo! Poder ser tu mujer, llevar tu nombre, no dejarte día ni noche, ser tuya, ¡y andar aún con remilgos! ¡es preciso ser del arrabal Saint-Germain para obrar de ese modo! y no tener diez libras de carne en los huesos...

»¡Pobre Luciano, querido ambicioso decepcionado, no puedo menos de pensar en tu porvenir! Anda; más de una vez echarás de menos á tu perra fiel, á esta buena muchacha que velaba por ti, que se habría dejado encarcelar por asegurar tu dicha, que sólo se ocupaba de tus placeres, que sentía amor por ti en los cabellos, en los pies, en las orejas, en fin, en tus miradas de bendición; que durante seis años sólo pensó en ti y que fué tan tuya que sólo parecía ser una emanación de tu alma, como la luz lo es del sol. Pero, en fin, por falta de dinero y de honor ¡ay de mí! no puedo ser tu mujer... Siempre he procurado labrar tu porvenir, dándote cuanto tengo... Ven tan pronto como recibas esta carta y toma lo que hay debajo de mi almohada, pues desconfío de mis criados.

»Mira, quiero estar guapa después de muerta, y para ello me acostaré en la cama en una posición graciosa; comprí-

»miré la grosella contra el velo del paladar, y no quedaré desfigurada ni por convulsiones ni por una postura ridícula.

»Ya sé que la señora de Serizy riñó contigo por causa mía; pero mira, gatito mío, cuando sepa que he muerto, te perdonará y tú podrás reconciliarte con ella para que te case bien, si los Grandlieu persisten en su negativa.

»Mono mío, no quiero que te disgustes mucho al saber mi muerte. En primer lugar debo decirte que la hora de las once del lunes, 13 de mayo, no es más que la terminación de una larga enfermedad que comenzó el día en que me lanzasteis de nuevo á mi antigua carrera, en la terraza de Saint-Germain. Se siente daño en el alma lo mismo que en el cuerpo; únicamente que el alma no soporta estúpida-mente los males como el cuerpo, porque el cuerpo no sostiene al alma como el alma al cuerpo, y el alma tiene medio de curarse por medio de la reflexión que les hace recurrir á las costureras al suicidio. Anteayer tú me diste toda una vida al decirme que si Clotilde se negaba te casarías conmigo, lo cual habría sido para mí una gran desgracia, una muerte más amarga, al ver que el mundo se negaría á aceptarnos.

»Hace dos meses que reflexiono acerca de muchas cosas, y, desengáñate, una pobre muchacha que está en el arroyo como lo estaba yo antes de entrar en el convento, que es agasajada por los hombres al verla hermosa, que sirve para satisfacer sus placeres, que se ve despedida á pie después de haber sido buscada en coche, si no le escupen á la cara es porque les contiene su belleza, pero moralmente le hacen cosa peor que escupirle. Mas luego, si esa muchacha hereda de cinco á seis millones, se verá solicitada por príncipes, será saludada con respeto cuando se pasee en coche y podrá escoger entre los más antiguos escudos de Francia y de Navarra. Este mundo, que nos habría llenado de cieno al vernos unidos y felices, ha saludado constantemente á la señora Staël, no obstante sus defectos, porque tenía doscientos mil francos de renta. El mundo, que se inclina ante el dinero ó la gloria, no quiere humillarse ante la dicha ni ante la virtud; pues yo habría sido virtuosa... ¡Oh! ¡cuántas lágrimas habría secado! ¡tantas por lo menos como he derramado! Sí, yo habría vivido consagrada á ti y á la caridad.

»He aquí las reflexiones que hacen agradable la muerte;

»de modo que no te lamente, gatito mío, y no dejes de decirte con frecuencia que hubo dos buenas muchachas, dos criaturas hermosas que te adoraban y que murieron por tí sin enojarse; conserva en tu corazón un recuerdo para Coralía y para Ester y sigue tu camino. ¿Te acuerdas del día aquel en que me enseñaste á una vieja avellanada, con un capote de color verde y una manteleta de color de ala de mosca, que había sido querida de un poeta antes de la revolución y que corría detrás de un perro faldero? Tú me dijiste que había tenido lacayos, coche, palacio, y ya recordarás que yo te contesté: «¡Es preferible morir á los treinta años!» Aquel día tú me veías pensativa é hiciste mil locuras para distraerme, cuando yo te volví á decir entre dos besos: «¡Las mujeres hermosas salen todos los días del teatro antes de terminar la función!...» Pues bien, yo no quiero ver tampoco el último acto, y por eso me decidí á morir.

»Sin duda me hallarás demasiado charlatana, pero no lo extrañes porque esta es mi última ración. Te escribo como te hablaba y quiero hablarte en tono alegre. Las costureras que se lamentan siempre me han causado horror. Tú ya sabes que yo supe morir bien una vez ya á mi vuelta de aquel fatal baile de la Opera, donde te dijeron que yo había sido prostituta.

»¡Oh! no, alma mía, no des nunca este retrato; si supieses con qué entusiasmo amoroso acabo de abismarme en tus ojos mirándolos con embriaguez durante una pausa que hice, pensarías que está ahí el alma de tu amada, al recoger el amor que yo procuré incrustar en este marfil.

»Una muerta que pide limosna, ¿no te parece cómico el paso?... Vamos, es preciso saber estar quieta en la tumba.

»Tú no sabes cuán heroica le parecería mi muerte á los imbéciles si supiesen que Nucingen me ofreció esta noche dos millones si me decidía á amarle cual te amo á ti. El muy bobo se verá lindamente robado cuando sepa que yo le cumplí la palabra reventando de un hartazgo de él. Lo he intentado todo para continuar respirando el aire que tú respiras, y le dije á ese gran ladrón: «Usted quiere ser amado como le amo á él, y yo hasta me comprometería á no volver á ver á Luciano». «¿Qué es preciso hacer?» me preguntó. «Deme dos millones para él». ¡Ah! si hubieses visto la cara que puso. Yo me habría reído si la cosa no

»fuese para mí tan trágica. «¡Évite el trabajo de darme una negativa! le dije yo. Ya lo veo, usted prefiere los dos millones á mí. Siempre es grato para una mujer el saber lo que vale», añadí volviéndole la espalda. Ese viejo animal sabrá dentro de dos horas que yo no bromeaba.

»¿Quién te hará como yo la raya del peinado? ¡Bah! no quiero pensar ya en nada de lo de la vida. Me quedan solamente cinco minutos y se los dedico á Dios; no esté celoso, ángel mío, que quiero hablarle de ti y pedirle tu felicidad en pago de mi muerte y de mis castigos en el otro mundo. Me disgusta mucho tener que ir al infierno, porque habría querido ver si los ángeles se parecen á ti.

»Adiós, chacho mío, adiós; te bendigo en medio de mi desgracia. Hasta en la tumba será tuya tu

»ESTER.»

«Están dando las once. He hecho mi última oración y voy á acostarme para morir. Una vez más, adiós. Quisiera que el calor de mi mano dejase aquí mi alma cual dejo yo mi último beso. De nuevo quiero llamarte mi chachito, sin embargo de que eres la causa de la muerte de tu

»ESTER.»

Un ligero ataque de celos se apoderó del corazón del juez al terminar la lectura de la única carta de suicida que había visto escrita en tono jovial, aunque aquella alegría se viese desde luego que era febril y el último esfuerzo de un cariño ciego.

—¿Qué tendrá de particular para ser amado de este modo?—pensó Camusot, repitiendo lo que se dicen todos los hombres que no tienen el don de gustar á las mujeres.—Si le es posible probar no sólo que no es el presidiario Jacobo Collín, sino que es realmente don Carlos Herrera, canónigo de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII, será puesto en libertad—le dijo el juez á Jacobo Collín,—pues la imparcialidad que exige mi ministerio me obliga á decirle que acabo de recibir una carta de la señorita Ester Gobseck en la que manifiesta su intención de suicidarse, y emite sospechas acerca de sus criados, que hacen creer que son éstos los autores del robo de los setecientos cincuenta mil francos.

Esto diciendo, el señor Camusot comparaba la letra de la carta con la del testamento y se convencía de que ambos documentos estaban escritos por la misma persona.

—Señor, ha sido usted ligero y se ha mostrado presuroso á creer en su crimen; no haga lo propio creyendo en su robo.

—¡Ah!—exclamó Camusot mirando al procesado con faz de juez.

—No crea usted que vaya yo á comprometerme diciéndole que pueda ser hallada esa suma—contestó Jacobo Collín dándole á entender al juez que comprendía su sospecha.—Esa pobre muchacha era muy querida de sus criados, y, si yo estuviese en libertad, ya me encargaría de buscar un dinero que pertenece ahora al ser que más amo en el mundo, á Luciano. ¿Tiene usted la bondad de permitirme que lea esa carta?... es cuestión de un momento... es la prueba de la inocencia de mi querido hijo... y usted no puede temer que yo vaya á romperla ni á hablarle de ella, pues estoy incomunicado...

—¡Incomunicado!—exclamó el magistrado—pero dejará usted de estarlo... Yo le ruego que justifique su personalidad, escribiendo, si quiere, á su embajador...

Y le tendió la carta á Jacobo Collín. Camusot estaba contento de salir del apuro, pudiendo satisfacer al fiscal general y á las señoras de Maufrigneuse y de Serizy. Sin embargo, examinó fría y curiosamente la cara de su procesado, mientras que leía la carta de Ester, y, no obstante la sinceridad de los sentimientos que se pintaban en ella, se decía: «La cara es verdaderamente de presidiario».

—¡Eso es amar!—dijo Jacobo Collín devolviéndole la carta á Camusot.

Y al mismo tiempo le mostró el rostro bañado en lágrimas.

—¡Si lo conociese usted!—añadió el forzado—es una alma tan pura, tan joven, una belleza tan encantadora, un niño, un poeta... Se sienten deseos irresistibles de sacrificarse por él y de satisfacer todos sus deseos. Ese querido Luciano es tan encantador cuando se muestra meloso...

—Vamos—dijo el magistrado haciendo un esfuerzo último para descubrir la verdad, usted no puede ser Jacobo Collín.

—No, señor—respondió el forzado.

Y Jacobo Collín se aferró más que nunca á su papel de don Carlos Herrera. Llevado de su afán de terminar su obra, avanzó hacia el juez, lo llevó al alféizar de la ventana, y

afectando las maneras y el tono confidencial de un príncipe de la Iglesia, le dijo:

—Señor, yo amo tanto á ese muchacho, que si fuese preciso ser el criminal á fin de evitarle un disgusto á ese ídolo de mi corazón, yo me acusaría. Imitaría á la pobre joven que murió por él. Señor, le suplico, por todo favor, que ponga en libertad á Luciano en seguida.

—Mi deber se opone á ello —dijo Camusot con bondadoso tono;—pero, si el cielo se muestra indulgente, la justicia sabe también guardar ciertas consideraciones. Procure darme razones sólidas... Hable, que esto no se escribirá.

—Pues bien—dijo Jacobo Collín engañado por la bondad simulada de Camusot,—yo sé lo que está sufriendo en este momento ese muchacho, y temo que es capaz de atentar contra su vida.

—¡Oh! respecto á eso...—dijo Camusot encogiéndose de hombros.

—Usted no sabe á quién sirve sirviéndome—añadió Jacobo Collín procurando tocar otra cuerda.—Sirve usted á una Orden más poderosa que todas las condesas de Serizy y que todas las duquesas de Maufrigneuse, las cuales no le perdonarán nunca que haya tenido en su poder sus cartas—dijo el falso sacerdote señalando el paquete de cartas perfumadas.—Mi Orden tiene memoria.

—Señor—dijo Camusot,—¡basta! Procure darme otras razones. Yo me debo tanto al procesado como á la vindicta pública.

—Pues bien, créame, yo conozco á Luciano. Es un alma de mujer, de poeta, de meridional, sin consistencia ni voluntad—dijo Jacobo Collín creyendo adivinar que el juez les era adicto.—Usted está seguro ya de la inocencia de ese joven y no debe atormentarlo ni interrogarlo; entréguele esa carta, anunciele que es el heredero de Ester y devuélvale la libertad. Si obrase usted de otro modo, se arrepentiría, mientras que si lo soltase usted, yo le explicaría mañana, esta tarde, todo lo que pueda parecerle misterioso en este asunto y las razones de la persecución encarnizada de que soy objeto; pero arriesgaré la vida, porque buscan mi cabeza desde hace ya cinco años... Luciano libre, rico, y casado con Clotilde de Grandlieu, mi labor aquí abajo ha terminado, y ya no defenderé mi vida... Mi perseguidor es un espía de vuestro último rey...

—¡Ahl ¡Corentín!

—¡Ahl ¡se llama Corentín!... muchas gracias. Pues bien, señor, ¿quiere prometerme que hará lo que le pido?

—Un juez no puede ni debe prometer nada. ¡Coquart! diga al alguacil y á los gendarmes que lleven al procesado á la Conserjería... Daré órdenes para que esta noche esté usted en la cárcel—añadió con dulzura saludando al procesado.

Sorprendido de la petición que Jacobo Collín acababa de hacerle y recordando la insistencia que había empleado para que le interrogasen primero, pretextando su enfermedad, Camusot volvió á sentir desconfianza. Y cual si sus sospechas estuviesen llamadas á fortalecerse, vió al pretendido moribundo que andaba ya como un hércules, sin hacer ninguno de los aspavientos que había hecho al entrar.

—¿Señor?

Jacobo Collín se volvió.

—A pesar de su negativa á firmar, mi escribano le leerá la declaración.

El procesado gozaba de una salud admirable, y el movimiento que hizo para sentarse junto al escribano fué para el juez un último rayo de luz.

—Pronto se ha curado usted—le dijo Camusot.

—Me ha cogido—se dijo Jacobo Collín.

Y luego contestó en voz alta:

—Señor, la alegría es la única panacea que existe... Esa carta, la prueba de una inocencia... he aquí el gran remedio.

El juez siguió al procesado con los ojos cuando el alguacil y los gendarmes le rodearon, y luego hizo el movimiento propio del hombre que despierta y tiró la carta de Ester sobre la mesa de su escribano al mismo tiempo que le decía:

—Coquart, copie esa carta.

Si es propio de la naturaleza del hombre desconfiar de lo que le ruegan que haga, cuando la petición es contraria á sus intereses ó á su deber, y á veces cuando le es indiferente, ese sentimiento es la ley del juez instructor. Cuantas más nubes hizo ver el procesado en el horizonte en el caso de que Luciano fuese interrogado, más necesario le pareció á Camusot aquel interrogatorio. Según el Código y las costumbres, aunque esta formalidad no fuese indispensable, era exigida por la cuestión de la identificación de Carlos Herrera. En todas las carreras, existe una conciencia del oficio. A falta de curiosidad, Camusot habría interrogado á Lu-

ciano por honor de magistrado, como acababa de interrogar á Collin, desplegando las astucias que se permite el magistrado más íntegro. El favor que podía hacer, su ascenso, todo quedó eclipsado en Camusot ante el deseo de saber la verdad y de adivinarla, aunque tuviese que ocultarla luego. Camusot tocaba el tambor en los vidrios entregándose al curso fluvial de sus conjeturas, porque entonces el pensamiento es como el río que recorre mil comarcas. Amantes de la verdad, los magistrados son como las mujeres celosas: se entregan á mil hipótesis y las escudriñan con el puñal de la sospecha como el sacrificador antiguo destripaba á sus víctimas, y luego se detienen no en lo cierto, pero sí en lo probable, y acaban por entrever la verdad. Una mujer interroga á un hombre amado como el juez al criminal. En semejantes situaciones, una mirada, una palabra, una inflexión de voz, un vacilación bastan para indicar el hecho, la traición, el crimen oculto.

—La manera como acaba de pintarme su ceguera por su hijo (si es su hijo), me hace creer que estaba en casa de la suicida para vigilar, y que, no sospechando que la almohada de la muerte ocultaba un testamento, se había apoderado de los setecientos cincuenta mil francos para dárselos á su hijo... Esta es la razón de que prometiese que parecería la suma. El señor de Rubempré se debe á sí mismo y debe á la justicia el esclarecimiento del estado civil de su padre... Y prometerme la protección de su Orden (¡su Orden!) si no interrogo á Luciano...

Y no pasó de aquí.

Como acabamos de ver, un juez instructor dirige un interrogatorio á su gusto y puede emplear ó no la malicia. Un interrogatorio no es nada y es todo. En él está el favor. Camusot llamó, y el alguacil, que estaba ya de vuelta, recibió orden de ir á buscar á Luciano de Rubempré, cuidando que no se comunicase con nadie por el camino. Entonces eran las dos de la tarde.

—Aquí hay un secreto, y ese secreto debe ser muy importante—se decía el juez.—El razonamiento de ese anfibio, que no es sacerdote, ni seglar, ni forzado, ni español, pero que no quiere que su protegido diga algo terrible, es este: «El poeta es débil, es mujer; no es como yo, que soy el hércules de la diplomacia, y usted le arrancará fácilmente nuestro secreto». Pues bien, sepámoslo todo de boca de la inocencia.

Y siguió golpeando la mesa con su corta-papel de marfil, mientras que el escribano copiaba la carta de Ester. ¡Cuántas extravagancias en el uso de nuestras facultades! Camusot suponía todos los crímenes posibles y pasaba por alto el único que había cometido el procesado, la falsificación del testamento en favor de Luciano. Que los que envidian la posición de los magistrados piensen en esa vida pasada en medio de sospechas continuas y de esas torturas impuestas por los malhechores, á su inteligencia, pues los asuntos civiles no son menos tortuosos que las instrucciones criminales, y entonces tal vez comprenderán que la carga del magistrado y del sacerdote es demasiado pesada. Toda profesión tiene su cilicio y sus rompecabezas chinos.

A eso de las dos, el señor Camusot vió entrar á Luciano de Rubempré, pálido, descompuesto, con los ojos hinchados; en fin, en un estado de decaimiento que le permitió comparar la naturaleza con el arte, el moribundo verdadero con el moribundo de teatro. El trayecto hecho desde la Conserjería al despacho del juez entre dos gendarmes precedidos de un alguacil había llevado al colmo la desesperación de Luciano. Es muy propio del espíritu del poeta el preferir un suplicio á un juicio. Al ver aquella naturaleza desprovista del valor moral que hace al juez y que tan poderosamente acababa de manifestarse en el otro procesado, el señor Camusot tuvo lástima de aquel vencido, y esta misma lástima le permitió dar golpes decisivos, dejándole esa libertad de espíritu que distingue al tirador cuando dispara contra un muñeco.

—Señor de Rubempré, repóngase; está usted en presencia de un magistrado ansioso de reparar el mal que hace involuntariamente la justicia con un arresto preventivo cuando carece de fundamento. Le creo á usted inocente y le daré la libertad en seguida. He aquí la prueba de su inocencia: una carta recibida por su portera, mientras estuvo usted ausente, y que ella acaba de traer. En medio de la turbación que le produjo la llegada de la justicia y la noticia de su detención en Fontainebleau, esa mujer se había olvidado esa carta de la señorita Ester Gobseck. Léala...

Luciano tomó la carta, la leyó y rompió en amargo llanto y en sollozos que le impedían articular palabra. Al cabo de un cuarto de hora, tiempo durante el cual Luciano no pudo apenas recobrar fuerzas, el escribano le presentó copia de la

carta y le rogó que firmase un *por copia conforme con el original que debe ser presentado al primer requerimiento mientras que dure el proceso*, ofreciéndole cotejarla; pero Luciano se fió en la palabra de Coquart en cuanto á la exactitud de la copia.

—Señor—dijo el juez con bondadoso tono,—eso no obstante es difícil ponerle en libertad antes de llenar ciertas formalidades y de hacerle algunas preguntas. Le suplico que me conteste casi como testigo. A un hombre como usted, me parecería casi inútil advertirle que el juramento de decir verdad no es en este caso una apelación á su conciencia, sino más bien una necesidad de su posición, ambigua por unos instantes. La verdad no puede perjudicarle á usted en nada sea cual fuere; pero la mentira podría dar por resultado su procesamiento y me obligaría á enviarlo de nuevo á la Conserjería. Respondiendo francamente á mis preguntas, se acostará usted esta noche en su casa, y será rehabilitado con la siguiente noticia que publicarán los periódicos: «El señor de Rubempré, detenido ayer en Fontainebleau, ha sido puesto en libertad después de haber sufrido un breve interrogatorio.»

Este discurso produjo viva impresión en Luciano, y el juez, al notar la buena disposición del procesado, añadió:

—Se lo repito, se creía que era usted cómplice de un asesinato por medio de envenenamiento en la persona de la señorita Ester; pero probado como está el suicidio, ya no hay que hablar de eso. Sin embargo, como ha sido sustraída una suma de setecientos cincuenta mil francos que depende de la herencia, y es usted el heredero, hay aquí desgraciadamente un crimen; crimen que precedió al conocimiento del testamento. Ahora bien, la justicia tiene razones para creer que una persona que le quiere á usted tanto como le amaba la señorita Ester ha cometido ese crimen por favorecerle á usted... No me interrumpa—dijo Camusot imponiendo silencio á Luciano que quería hablar,—aun no le estoy interrogando. Quiero hacerle comprender cuán interesado se halla su honor en esta cuestión. Abandone el falso, el miserable puntillo que liga entre sí á los cómplices, y diga toda la verdad.

Ya se habrá notado la excesiva desproporción de armas en esta lucha entre los procesados y los jueces de instrucción. Ciertamente que la negativa hábilmente hecha tiene en sí la fuerza de lo absoluto de su forma y basta para la

defensa del criminal; pero es en cierto modo una panoplia aplastante cuando el estilo de la interrogación halla un punto de apoyo. Cuando la negación no basta contra ciertos hechos evidentes, el procesado se halla por completo á discreción del juez. Suponed ahora un semicriminal, como Luciano, que, salvado del primer naufragio de su virtud, pudiera enmendarse y llegar á ser útil á su país, y perecerá en medio de los baqueteos de la instrucción del proceso. El juez redacta una deducción seca, un análisis fiel de las preguntas y de las respuestas; pero de sus discursos insidiosamente paternales, de sus capciosas consideraciones no queda nada. Los jueces superiores y los jurados ven los resultados sin conocer los medios. Según esto, á juicio de algunos inteligentes, el jurado sería bueno, como en Inglaterra, para proceder á la instrucción. Francia gozó de este sistema durante cierto tiempo. Cuando regía el código de brumario del año vi, aquella institución se llamaba jurado de acusación para distinguirlo del jurado propiamente dicho. Respecto al proceso definitivo, si se volviese al jurado de acusación, debería ser de incumbencia de los profesionales, sin el concurso de jurados.

—Ahora—dijo Camusot después de una pausa,—¿cómo se llama usted? Señor Coquart, ¡atención!—le dijo al escribano.

—Luciano Chardón de Rubempré.

—¿Nacido en?

—Angulema.

Y Luciano dijo el día, el mes y el año.

—¿Tuvo usted patrimonio?

—Ninguno.

—Sin embargo, durante su primera estancia en París, hizo gastos considerables, dada su escasa fortuna.

—Sí, señor; pero, en aquella época, tuve en la señorita Coralia, á quien perdí por fallecimiento, un poderoso auxiliar. La pena de su muerte fué la que me llevó á mi país.

—Bien, señor—dijo Camusot.—Alabo su franqueza y sabré apreciarla.

Como se ve, Luciano entraba por la senda de una confesión general.

—Al volver de Angulema á París, hizo usted también gastos considerables; vivió usted como hombre que tuviese sesenta mil francos de renta.

—Sí, señor.

- ¿Y quién le daba ese dinero?
- Mi protector, el abate Carlos Herrera.
- ¿Dónde lo conoció usted?
- En la carretera, en el momento en que iba á suicidarme.
- ¿No oyó usted nunca hablar de él á su familia, á su madre?
- Nunca.
- ¿No le dijo alguna vez su madre que conocía á un español?
- Nunca.
- ¿Puede usted recordar el mes y el año en que se lió con la señorita Ester?
- A fines del año 1823, en un teatrillo.
- ¿Empezó costándole á usted dinero?
- Sí, señor.
- Últimamente, llevado del deseo de casarse con la señorita de Grandlieu, ¿no compró usted los restos del castillo de Rubempré, no unió á éste tierras por valor de un millón y no le dijo usted á la familia Grandlieu que su hermana y su cuñado acababan de tener una herencia considerable y que le habían prestado á usted esas sumas?... ¿Le dijo usted esto á la familia Grandlieu?
- Sí, señor.
- ¿Ignora usted la causa de la ruptura de su matrimonio?
- Por completo, señor.
- Yo se la diré: la familia Grandlieu envió á casa de su cuñado á uno de los procuradores más respetables de París á pedir informes. El procurador supo en Angulema por su hermana de usted y por su cuñado que no sólo no le habían prestado nada, sino que su herencia se componía, sí, de inmuebles importantes; pero que el capital apenas llegaba á doscientos mil francos. No debe extrañarle á usted que una familia como la de Grandlieu recule ante una fortuna cuyo origen no se justifica. Señor, he aquí adónde le ha llevado á usted una mentira.
- Esta revelación dejó helado á Luciano y acabó de hacerle perder los pocos ánimos que tenía.
- La policía y la justicia saben todo lo que desean saber—dijo Camusot—no olvide usted esto. Ahora—añadió el juez recordando el título de padre que se había dado Jacobo Collín—¿sabe usted quién es ese titulado Carlos Herrera?
- Sí, señor, pero lo supe demasiado tarde.

- ¿Cómo demasiado tarde? Explíquese.
- No es cura, no es español, es...
- ¿Un presidiario escapado?—se apresuró á preguntar el juez.
- Sí—respondió Luciano.—Cuando yo supe el fatal secreto, le debía agradecimiento ya. Yo creí aliarme con un respetable eclesiástico.
- Jacobo Collín...—dijo el juez comenzando una frase.
- Sí, Jacobo Collín es su nombre—repitió Luciano.
- Bien. Jacobo Collín acaba de ser reconocido ahora mismo por una persona, y si niega aún su identidad, lo hace en favor de usted—dijo Camusot.—Pero yo le preguntaba á usted si sabía quién era ese hombre, con objeto de revelarle otra impostura de Jacobo Collín.
- Al oír esta aterradora observación, Luciano creyó sentir un hierro candente en las entrañas.
- ¿Ignora usted que afirma que es su padre para justificar el extraordinario afecto que le profesa?
- ¡El mi padre!... ¡Oh, señor! ¿ha dicho eso?
- ¿Sospecha usted de dónde provenían las sumas que le entregaba? porque, si ha de prestarse fe á la carta de la señorita Ester que tiene usted en las manos, esa pobre muchacha le hizo después los mismos favores que la señorita Coralia; pero, como acaba usted de decir, estuvo algunos años viviendo espléndidamente, sin recibir nada de ella, ¿verdad?
- Señor, á usted es á quien le preguntaré yo de dónde sacan los forzados el dinero—exclamó Luciano.—¡Un Jacobo Collín padre mío!... ¡Oh! ¡pobre madre mía!
- Y empezó á llorar.
- Escribano, dé usted lectura de la parte del interrogatorio del titulado Carlos Herrera en la cual dice ser padre de Luciano de Rubempré...
- El poeta escuchó aquella lectura en medio de un silencio y en una actitud que daba lástima.
- ¡Estoy perdido!—exclamó.
- Nada se pierde yendo por la senda del honor y de la verdad—dijo el juez.
- Pero ¿procesará usted á Jacobo Collín?—preguntó Luciano.
- Ciertamente que sí—respondió Camusot, que deseaba que Luciano siguiese hablando.—Acabe usted su pensamiento.